

## Más datos sobre la fecha de escritura del *Buscón*

Rosa Navarro Durán  
Universidad de Barcelona

La literatura que aflora en la propia literatura no sólo la intensifica sino que se convierte en prueba que puede fechar su escritura. Cervantes lleva a cabo un diálogo literario con Quevedo en las referencias que hace a su *Buscón* en *El coloquio de los perros* y en la segunda parte del *Quijote*: su ironía se redobla a la luz de los pasajes de los que parte, y además da fe de su existencia. Y quien le robó sus personajes, el que se disfrazó con el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda, también había leído el *Buscón*, como indica su falso *Quijote*. Estas obras literarias atestiguan que ya circulaba manuscrita la obra de Quevedo. Otras, cuya huella está en su texto (las dos segundas partes del *Guzmán de Alfarache*, la de Mateo Luján y la de Mateo Alemán, y *La primera parte del guitón Onofre*; y también la primera parte del *Quijote*) señalan el tiempo en que todavía no existía.

### I. CUATRO FIGURAS EN «EL COLOQUIO DE LOS PERROS»

Se viene señalando como límite *a quo* de la primera redacción del *Buscón* la fecha de la disputa de Quevedo con Luis Pacheco de Narváez, en 1608. Y parece plausible que así sea; su burla de «un maestro de esgrima» en el *Sueño del juicio final*, compuesto hacia 1605, dibuja a un desconocedor del *Libro de las grandezas de la espada* (o «libro matemático»), no sabe «tretas contra los enemigos» del alma y tampoco «qué era línea recta»; y, en cambio, se presenta como «maestro de esgrima examinado y de los más diestros del mundo»; es decir, la caricatura apunta directamente al personaje, que se dice diestro y sólo sabe usar sus puños, y no al contenido del libro. Como dice Arellano: «Esta figura pertenece a la clase del mulatazo del *Buscón*, que es la caricatura opuesta a la caricatura del otro loco de los ángulos y la destreza científica»<sup>1</sup>. En «Las fechas del *Buscón*», Díaz Migoyo concluye que «todo permite supo-

<sup>1</sup> Quevedo, *Sueños*, en *Obras completas en prosa*, p. 225.

ner que Quevedo redactó el *Buscón* originalmente después de 1608, probablemente entre 1609 y 1612, y lo revisó definitivamente después de 1629, sin que esta última versión haya visto la luz pública hasta el relativamente reciente descubrimiento del manuscrito *B*<sup>2</sup>.

El episodio biográfico, contado por Tarsia, arranca precisamente de la aparición de una nueva obra de Narváez, *Cien conclusiones o formas de saber la verdadera destreza fundada en sciencia*, Madrid, 1608 (el *Libro de las grandezas de la espada* se publica en 1600):

Hallose don Francisco en un concurso de los mayores señores de la corte en casa del Presidente de Castilla, donde se arguyó sobre las *Cien conclusiones de la destreza de las armas*, que sacó don Luis Pacheco de Narváez [...] y después de haber discurrido algunos e impugnado las conclusiones, salió don Francisco contradiciendo la que en un género de acometimiento decía no haber reparo ni defensa. Y para la prueba, convidó al Maestro a que tomase con él la espada; el cual, aunque rehusaba alegando que la Academia se había juntado para pelear con la razón y no con la espada, obligáronle, sin embargo, los señores a salir con ella. Y al primer encuentro, le dio don Francisco en la cabeza, derribándole el sombrero. Retirose el Narváez algo enojado del suceso. Y don Francisco, para sazonar la fiesta, dijo: «Probó muy bien el señor D. Luis Pacheco la verdad de su conclusión; que, a haber reparo en este acometimiento, no le pegara yo»<sup>3</sup>.

Si *El Buscón* estuviera ya escrito y hubiese circulado por la corte, sería muy raro que esa escena hubiera podido darse; el ataque en la obra era manifiesto, y ambos contendientes hubieran estado ya enemistados.

Las huellas de lectura de la *Segunda parte* del *Guzmán* y de la *Primera parte del guitón Onofre* apuntan también a una fecha posterior a 1604 y cercana. El tiempo de lo que sucede en la novela comienza antes de 1601 y acaba en 1604 o poco después. Esa fecha última se sitúa en el tiempo real de publicación del *Guzmán* y en el de divulgación del *Guitón*. Otros dos testimonios literarios permiten precisar más el espacio de tiempo en que Quevedo escribió la primera redacción de la obra. Cuatro figuras del *Coloquio de los perros* cervantino y la segunda parte de *Don Quijote* son las pruebas de que ya circulaba como texto manuscrito.

Como una especie de coda, de añadido, cuando ya casi apunta el día, Berganza le contará a Cipión lo que le ha sucedido en el hospital, en donde empieza su diálogo, «especialmente lo que oí a cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo a este hospital y a estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas». Con la licencia de Cipión, le dirá «que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático y en la otra uno de los que llaman arbitristas».

El diálogo entre los cuatro personajes del *Coloquio* nos lleva a Quevedo, y al *Buscón*, a su camino de Alcalá a Segovia, donde primero encuentra a un arbitrista, después al diestro —con el que se puede

<sup>2</sup> Díaz Migoyo, 2003, p. 34.

<sup>3</sup> Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, pp. 59-60.

emparejar al matemático cervantino, que dice que lleva veintidós años tras «el punto fijo»— y luego a un clérigo poeta. Pero justo antes de hablar de las cuatro figuras, Berganza contará la conversación entre un poeta y un comediante; el poeta, que escribe comedias, está empeñado en sacar al papa, «vestido de pontifical», con doce cardenales, «todos vestidos de morado». Y cuando el comediante le objeta que de dónde va a sacar un director de compañía «vestidos morados para doce cardenales», replica el poeta comediógrafo: «¡Pues si me quita uno tan sólo, [...], así le daré yo mi comedia como volar! ¡Cuerpo de tal! ¿Esta apariencia tan grandiosa se ha de perder?»<sup>4</sup>. El clérigo poeta con que se topa Pablos, camino de Madrid, le empieza a recitar una comedia «que tenía más jornadas que el camino de Jerusalén» y que titula *El arca de Noé*, «haciase toda entre gallos y ratones, jumentos, raposas, lobos y jabalíes, como fábulas de Isopo». Cuando Pablos le pregunta cómo se podrá representar «si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan», el cura poeta le contesta: «Esa es la dificultad; que, a no haber esa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado de hacerla toda de papagayos, torcos y picazas, que hablan, y meter para el entremés monas»<sup>5</sup>.

Aunque el contenido nada tenga que ver, el planteamiento teórico es el mismo: son dos comediógrafos que escriben comedias totalmente imposibles de representar, y tal «pequeño» inconveniente no los hace renunciar a su «gran» idea. Berganza contemplará, junto al poeta, el fracaso de su comedia, y llegará a ser también farsante «de figuras mudas» e intervendrá en los finales de entremés. En ese papel, le darán una gran herida y dejará a los farsantes y se acogerá «a sagrado», en el hospital, en donde conversa con Cipión.

Para ver las semejanzas, no hay más que ir al capítulo noveno del libro tercero del *Buscón*, en donde Pablos se hace farsante como el Guzmán de Martí. Vivirá como víctima el fracaso del comediógrafo por los membrillos, tronchos y melones que les tira el público (no le hieren, pero ya tiene marcada la cara con la cuchillada), y luego él mismo compondrá comedias. Dejará el oficio para acogerse también a sagrado, porque primero se hará galán de monjas —como el falso Guzmán— y luego acabará en la iglesia, como retraído, al huir de la justicia por el asesinato de los dos corchetes.

Dos elementos literarios prueban que la dirección del influjo sólo puede ser del *Buscón* al *Coloquio*: a) La idea de ser farsante la toma Quevedo de la *Segunda parte* del *Guzmán* apócrifo; que el perro lo sea es una clara emulación del pícaro, porque no deja de ser una curiosa actuación (como si fuera personaje de la comedia *El arca de Noé* del clérigo poeta del *Buscón*, por cierto). b) Cervantes no es aficionado a las «figuras», y sí Quevedo; Cabo habla de que los tres personajes «forman una especie de tríptico de la locura en el *Buscón*»<sup>6</sup>. La del diestro de su *Buscón* viene

<sup>4</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares*, II, p. 329.

<sup>5</sup> Quevedo, *La vida del Buscón*, lib. II, cap. 2, p. 00.

<sup>6</sup> Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. Cabo, p. 291.

además enlazada con el episodio histórico de Pacheco de Narváez. En *El coloquio de los perros*, todo ese material literario comentado que confluye con el texto del *Buscón* está al final de la obra, como si la lectura del relato picaresco la hubiera hecho el genial novelista cuando ya tenía escrita la mayor parte de su novela, y le diera fin inspirado por algunos de sus episodios. Los citados del *Buscón*, en cambio, están en distintas partes de la novela: en el trayecto de Pablos a Madrid, para ir a Segovia, del comienzo del segundo libro; y al final de la obra, en el capítulo noveno del libro tercero.

En otra novela cervantina, *La ilustre fregona*, hay una conversación que podría también relacionarse con una del *Buscón*. Precisamente en esta novela es donde Cervantes menciona a Guzmán de Alfarache al hablar del aprendizaje picaresco de uno de los dos protagonistas, Carriazo, alias Urdiales o Lope Asturiano: «él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache»<sup>7</sup>. Y también en ella hay un claro recuerdo del *Lazarillo* porque el Asturiano hará de aguador; y se precisará cómo el que le vende el asno «había ganado con él en menos tiempo de un año, después de haberse sustentado a él y al asno honradamente, dos pares de vestidos»<sup>8</sup>, en claro contraste con el pobre Lázaro, explotado por el capellán (lo vende por treinta maravedís al día); él sólo al cabo de cuatro años pudo comprarse el hábito de hombre de bien. En esta novela, con tantos guiños a las obras picarescas, oímos una conversación entre los mozos de mulas que encuentran los dos protagonistas a la entrada de Illescas; uno va a Sevilla y otro viene de la ciudad, y el que va a ella quiere saber más noticias «porque —le dice— me has maravillado mucho con lo que has contado de que el conde ha ahorcado a Alonso Genís y a Ribera, sin querer otorgarles la apelación». Cervantes le atribuye al conde de Puñonrostro, don Francisco Arias de Bobadilla, el ajusticiamiento de dos delincuentes ahorcados por orden de don Pedro Carrillo de Mendoza. Pero lo que nos interesa ahora no es la precisión del dato sino que este nos lleva a la conversación del capítulo último del *Buscón* en la que los rufianes tienen «pláticas de guerra» mientras beben: «tratose de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón; derramose vino en cantidad al ánima de Escamilla; los que las cogieron tristes lloraron tiernamente al mal logrado Alonso Álvarez»<sup>9</sup>; y, como es bien sabido, entre todos esos rufianes ajusticiados destaca Alonso Álvarez de Soria, ajusticiado a finales de 1603 o a principios de 1604. La coincidencia en el asunto de una charla podría no tener importancia, pero sí la cobra al sumarse a las otras citadas. Además, en el relato cervantino, la conversación no está en relación con la trama y hubiera podido perfectamente suprimirse; en el *Buscón*, en cambio, es una conversación propia de los rufianes que la sostienen y anticipa los

<sup>7</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares*, II, p. 70.

<sup>8</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares*, II, p. 117.

<sup>9</sup> Quevedo, *El Buscón*, lib. III, cap. 10.

«méritos» que van a hacer para acabar de la misma forma. Cervantes estaría de nuevo haciendo un guiño literario a la obra de Quevedo.

Las *Novelas ejemplares* se publican en 1613, pero algunas de sus aprobaciones son de julio de 1612. Vemos, por tanto, que se va dibujando como límite de escritura del *Buscón* ese breve espacio de tiempo que va de 1608 a 1611. La admiración de Cervantes por el escritor madrileño y por su agudeza satírica se hace bien patente en su *Viaje del Parnaso*; Mercurio no quiere irse sin Quevedo y le dice a Cervantes:

Ese es hijo de Apolo, ese es hijo  
de Caliope Musa; no podemos  
irnos sin él, y en esto estaré fijo;  
es el flagelo de poetas memos,  
y echará a puntillazos del Parnaso  
los malos que esperamos y tememos<sup>10</sup>.

Rodrigo Cacho aporta la fuente indiscutible de los caballeros chañones: la *Compagnia della lesina*, «texto anónimo publicado, al parecer, por primera vez en la segunda mitad del XVI y que se reeditó varias veces en ese siglo y en el siguiente con nuevos apartados y otras adiciones»<sup>11</sup>. Siguiendo su razonamiento, las anotaciones autógrafas del escritor en un ejemplar de la obra publicada en Venecia en 1613 nos llevarían a una fecha posterior para la composición del *Buscón*: «Si aceptamos que la copia de 1613 fue la que le sirvió a Quevedo como inspiración, debemos concluir que por lo menos los capítulos de los caballeros güeros y sus harapos fueron escritos tras ese año»<sup>12</sup>. Pero Quevedo podía haber tenido antes otro ejemplar; es indemostrable que fuera precisamente ese el único que hubiera leído. La presencia del *Buscón* en *El coloquio de los perros* indica que el escritor ya había escrito su novela antes de su viaje a Italia, entre agosto y octubre de 1613<sup>13</sup>. El propio Cacho indica que Mérimée ya había planteado «la posible influencia de la *Compagnia della lesina*» en las *Cartas del Caballero de la Tenaza*<sup>14</sup>, que son anteriores a 1613; Jauralde cree que fueron escritas entre 1611 y ese año<sup>15</sup>.

## 2. «EL BUSCÓN» Y LAS DOS PARTES DEL «QUIJOTE»

Las dos partes del *Quijote* se convierten en las fechas *post* y *ad quem* de la redacción del primer *Buscón*. Quevedo ha leído la primera parte de las aventuras del caballero andante cuando escribe su novela; y Cervantes ya ha leído el *Buscón* cuando redacta la segunda parte, hecho que concuerda con las huellas de lectura del relato de Pablos que muestra

<sup>10</sup> Cervantes, *Viaje del Parnaso*, p. 78.

<sup>11</sup> Cacho, 2003, p. 215.

<sup>12</sup> Cacho, 2003, p. 215.

<sup>13</sup> Jauralde, 1998, p. 298.

<sup>14</sup> Cacho, 2003, p. 193.

<sup>15</sup> Jauralde, 1998, p. 276.

*El coloquio de los perros*. En el capítulo V del libro II del *Buscón* está la mención al rucio de la Mancha, que han señalado ya los críticos; fluctúan entre verla como juego verbal propio o como huella del *Quijote*: «Yo iba caballero en el rucio de la Mancha». Quevedo juega además con la dilogía de la palabra «Mancha» (por ello la eligió Cervantes para su caballero, que quedaba así «manchado» desde el nombre que escogió él mismo). Es en el capítulo primero del libro III: uno de los buscones llega a la casa, pero no se desarreboza; Pablos le pregunta por qué siempre va envuelto en la capa y él lo justifica:

Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; que en mi ható, aunque caminéis a cualquiera parte, nunca saldréis de la Mancha, que parece que hago caravanas para lechuza o que retozo con algunos candiles. Este pedazo de arrebozo lo disimula todo.

Cervantes en la segunda parte del *Quijote* vuelve a las figuras que encuentra Pablos camino de Segovia, pero desarrolla elementos distintos a los recreados en el *Coloquio*. Serán ahora el arbitrista y el esgrimidor los personajes cuyo «néctar literario» recoja la abeja cervantina.

Cuando Pablos se encuentra con el hombre que habla solo y va embebido en sus pensamientos, después de saludarse y de preguntar adónde van, «comenzamos –dice Pablos– luego a tratar de si bajaba el Turco y de las fuerzas del rey». Este será el punto de partida para que el arbitrista empiece a exponer sus arbitrios: «Comenzó a decir de qué manera se podía conquistar la Tierra Santa y cómo se ganaría Argel»; y para que Pablos sepa de qué pie cojea: «en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno»<sup>16</sup>. Y su arbitrio resolverá, en forma nunca pensada, la espinosa cuestión de ganar Ostende (había resistido el cerco español tres años).

Vayamos ahora al comienzo de la segunda parte del *Quijote*. Charlan con el hidalgo manchego sus amigos, el cura y el barbero, y están presentes ama y sobrina; todos se admiran de la cordura del caballero. Pero el cura quiere hacer la prueba de su solidez, «y así, de lance en lance, vino a contar nuevas que habían venido de la corte; y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio ni adónde había de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad y Su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta»<sup>17</sup>. Don Quijote reacciona inmediatamente ante tal estímulo y habla de soluciones: «si se tomara mi consejo, aconsejérale yo que usara de una prevención, de la cual Su Majestad, la hora de agora, debe estar muy ajeno de pensar en ella». El cura se da cuenta de que empieza a despeñarse de nuevo «de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad» –

<sup>16</sup> Quevedo, *El Buscón*, lib. II, cap. 1.

<sup>17</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, pp. 626-27.

dice—. Y el barbero le pregunta cuál era y añade que «quizá podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar a los príncipes». La respuesta de don Quijote es plenamente quevedesca: «El mío, señor rapador —dijo don Quijote—, no será impertinente, sino perteneciente». El barbero apela a la experiencia que muestra «que todos o los más arbitrios que se dan a Su Majestad o son imposibles o disparatados o en daño del Rey o del reino». A lo que el caballero replica que el suyo «ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno».

Ante la curiosidad de todos que quieren saber el arbitrio, don Quijote lo dirá, no sin antes asegurarse de la discreción de cura y barbero porque teme llegue a los oídos «de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo». Como es bien sabido, su arbitrio consiste en hacer público pregón para que se junten en la corte «todos los caballeros andantes que vagan por España», y él está seguro de que con media docena bastaría para acabar con el Turco.

Cuando el barbero cuente el cuento del loco de Sevilla que se creía Neptuno para ilustrar la rediviva locura del hidalgo manchego, este, que entenderá muy bien la alusión, le llamará «señor rapista», agudizando más el matiz peyorativo del «rapador» anterior. El término nos lleva al comienzo del *Buscón*, al padre de Pablos, también barbero, que, por el contrario, se llama «tundidor de mejillas y sastre de barbas» con eufemismo enaltecedor; pero es ladrón (que allí apunta el «rapista»), porque va a «rapar a uno» y, como dice Pablos, «no sé si la barba o la bolsa (lo más ordinario era uno y otro)»<sup>18</sup>.

No sólo el arbitrio de don Quijote arranca en el mismo punto que el del personaje del *Buscón*, sino que hace un juego parecido de vocablo. Para el arbitrista es «imposible» el arbitrio, pero puede hacerse: «Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa»; para don Quijote no es «impertinente, sino perteneciente». El arbitrio del hidalgo no puede consistir en chupar el agua del mar o en solución semejante, sino adecuado a su «profesión»; pero el rango es el mismo. Además uno de los medios que quiere usar el arbitrista para emular a Juanelo es más propio del caballero andante que de sí mismo, porque no se basa en el ingenio sino en la magia: «por ensalmo».

Don Quijote comparte con la siguiente «figura» del *Buscón*, con el esgrimidor, el temor de que su arbitrio se divulgue y que otro gane con él la gloria. Al comienzo del capítulo segundo, Pablos, ya camino para Madrid, ve cómo el esgrimidor vuelve con gran prisa para decirle: «Por vida de vuesa merced, que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento»<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Quevedo, *El Buscón*, lib. I, cap. 1.

<sup>19</sup> Quevedo, *El Buscón*, lib. II, cap. 2.

Don Quijote no pretende ser esgrimidor, pero será testigo de un duelo de esgrima entre dos estudiantes. Estamos en el prólogo a las bodas de Camacho, en el capítulo XIX. El hidalgo y su escudero se encuentran con dos estudiantes y dos labradores. Uno de los estudiantes «no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas». Empiezan a hablar sobre las bodas de Camacho y Quieteria, y al hilo de la conversación uno de los estudiantes le reprocha al otro su afición por la esgrima, que le distrae de los estudios: «Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua —dijo el otro estudiante—, vos llevarades el primero en licencias, como llevastes cola». Y el joven a su vez ataca su menosprecio por el arte de la esgrima: «Vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana». El estudiante, que se llama Corchuelo —como Lorenzo Corchuelo, el padre de Aldonza Lorenzo—, lo reta a demostrarlo con la espada: «Apeaos y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de hacerlos ver estrellas a medio día con mi destreza moderna y zafia». Don Quijote se convierte en árbitro del combate y en juez de la disputa; se apea de Rocinante y, puesto en la mitad del camino, observa lo que nosotros: «las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles» de Corchuelo, que ataca como «león irritado». Pero le salía al encuentro «un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado». Vale la pena recordar el desenlace:

Finalmente, el licenciado le contó a estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; derribole el sombrero dos veces y cansole de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura y arroja por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fue por ella, dio después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua; el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte<sup>20</sup>.

Quedarán amigos los dos estudiantes, y yendo hacia la aldea de Quieteria, «les fue contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo, reducido de su pertinacia».

Cervantes está desmintiendo a Quevedo y defendiendo el arte de la destreza —o las obras de Luis Pacheco de Narváez—. No hay más que comparar el pasaje con el enfrentamiento entre el diestro y el rufián de la posada de Rejas. Al pobre maestro no le queda más remedio que huir de la espada blanca del mulatazo dando saltos y diciendo que no puede darle porque le ha ganado «los grados del perfil». Los mismos círculos, grados, compases de los que habla despectivamente Corchuelo están en boca del esgrimidor teórico. La sátira quevedesca al arte de la esgrima

<sup>20</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, pp. 787-89.



—que esconde el enfrentamiento personal con Pacheco de Narváez— se convierte en demostración de su eficacia en el pasaje del *Quijote*. Y a la vez aporta la prueba de que Cervantes había leído ya el *Buscón* cuando escribió la segunda parte de su genial obra. El escritor, tal vez para evitar suspicacias, pone nombre de campesino al estudiante vencido por el arte de la espada: Corchuelo.

Todavía hay otra huella de esta lectura. La sufre Sancho como burla que le decide a renunciar a su gobierno de la ínsula Barataria. El supuesto ataque, los gritos y las cuchilladas son paralelos a los azotes que recibe Pablos, mezclados con los gritos. Quevedo a su vez se inspiró en un episodio del *Guzmán de Alfarache*, que había leído muy bien Cervantes; pero un detalle de la burla que sufre Sancho lleva a la del *Buscón*. Sancho, emparedado con los dos paveses, al caer al suelo, «quedó como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas»<sup>21</sup>; y Pablos, al comienzo del capítulo, cuando los estudiantes piden la patente a su amo, por lo que pudiera suceder, se acomoda entre dos colchones, «y sólo tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga»<sup>22</sup>.

Podría todavía sumarse a esos guiños cervantinos al *Buscón* un punto que se escapa de una media verde. Hay que ir al capítulo XLVI de la segunda parte, al palacio de los duques. Es un tiempo de soledad para el hidalgo manchego porque su fiel escudero está gobernando en la ínsula Barataria, y además juzgando muy bien. Amanece y se viste. Tiene que calzarse sus botas de camino porque por la noche, al descalzarse, «se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditasen la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía»<sup>23</sup>. Esa desgraciada situación —los puntos que se sueltan en la media verde del hidalgo— lleva a Benengeli a una serie de exclamaciones sobre la pobreza y el mayor sufrimiento con ella de los hidalgos por las exigencias de vestir que conlleva su honra. Y seguirá diciendo el historiador: «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al paillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos!»<sup>24</sup>. La figura del escudero del *Lazarillo* se funde con la de esos hidalgos pobres, porque dice de él Lázaro: «Y por lo que toca a su negra que dicen honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los que nada entre sí tenían»<sup>25</sup>; y también reflexionará sobre la vanagloria de los escuderos muertos de hambre.

Don Quijote, pues, se calza las botas para esconder la celosía de la media, y acaba de vestirse: «arrojose encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, [...] asío un gran

<sup>21</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, p. 1063.

<sup>22</sup> Quevedo, *El Buscón*, lib. I, cap. 5.

<sup>23</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, p. 984.

<sup>24</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, p. 985.

<sup>25</sup> Valdés, *Vida de Lazarillo de Tormes*, p. 36.

rosario que consigo continuo traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole»<sup>26</sup>. Lleva un «gran rosario» como el escudero del *Lazarillo*, y hace los mismos gestos que él. Don Quijote en el palacio de los duques no es más que un hidalgo pobre, anda con los mismos gestos fatuos que el amo de Lázaro, pero además oculta esa media hecha celosía con unas botas altas. ¿No habrá aprendido su historiador de los caballeros chanflones del *Buscón*? Ese rosario «grande», y, sobre todo, el de Montesinos, de cuentas «mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz»<sup>27</sup>, nos lleva además a «la carga de leña hecha bolas» del ermitaño, «de manera que a cada avemaría sonaba un cabe», a las «cuentas frisonas» de su «rosariazo»<sup>28</sup>.

### 3. ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA Y SU LECTURA DEL «BUSCÓN»

Baltasar Navarrete<sup>29</sup>, que es quien se esconde tras ese nombre, enteverado, entre serio —¿Alfonso Fernández de Madrigal, el Tostado, pudo inspirar el comienzo?— y cómico, por el «Avellaneda» que debió nacer a partir de la metáfora que Cervantes aplica en el prólogo a su libro de «hijo seco, *avellanado*»<sup>30</sup>, también había leído el *Buscón*, y hay huellas de esa lectura en su *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que se publica en 1614, aparentemente<sup>31</sup> «en Tarragona, en casa de Felipe Roberto». Será, pues, otro testimonio de que el *Buscón* circulaba manuscrito algún tiempo antes. Ya Juan Millé y Giménez<sup>32</sup> señaló la posible relación entre el «pobre soldado y venerable ermitaño» con que se encuentran Sancho y don Quijote, a la salida de Zaragoza, en el Aljafaría<sup>33</sup>, y el soldado y el ermitaño que comparten camino y estancia en Cercedilla con Pablos.

Es un episodio esencial en el *Quijote* espurio porque esos dos personajes serán quienes contarán las novelas insertas en la obra. El soldado, Antonio de Bracamonte, narrará la tragedia del «rico desesperado», el flamenco Japelín, que se hace religioso dominico y deja los hábitos para casarse con una bella dama, que a su vez se había salido de un convento de religiosas. El terrible final, provocado por un traidor y sinvergüenza soldado español, demostrará el error de los dos personajes en abandonar los hábitos. La historia que cuenta el buen ermitaño es la cara de esa cruz: es una versión de Margarita la Tornera; en donde los dos protagonistas, «los felices amantes», después de haber vivido una vida de

<sup>26</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, p. 999.

<sup>27</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, p. 819.

<sup>28</sup> Quevedo, *El Buscón*, lib. II, cap. 3.

<sup>29</sup> Blasco, 2005, pp. 12-16.

<sup>30</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, p. 9.

<sup>31</sup> Vindel apuntaba a la de Sebastián Cormellas, en Barcelona, como lugar real de la impresión: Blasco, 2005, pp. 6-8.

<sup>32</sup> Millé y Giménez, 1918, pp. 12-15.

<sup>33</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 402.

pecado, se salvarán gracias a que se refugian en la iglesia; la monja volverá a ella, y su galán, don Gregorio, tomará los hábitos renunciando a su riqueza. Baltasar Navarrete aprovecha la historia de la monja que se prostituye para introducir el episodio vivido en 1605, por Cervantes en Valladolid, el asesinato de Gaspar de Azpeleta a las puertas de su casa, que le lleva a la cárcel unos días con toda su familia.

El relato de las dos novelas unidas se convierte en materia de una clara tesis, que dibuja muy bien el perfil del dominico. Y a la vez crea la figura de un buen ermitaño sin tacha que se contrapone al ermitaño tahúr y exagerado glotón (al modo de los ejemplos que se dan en el *Guzmán* de Martí) que dibuja Quevedo en el *Buscón*. Uno de los canónigos que escuchan la historia que cuenta el ermitaño lo alaba y hace una defensa encendida del rosario anunciando que va a entrar en su cofradía: «protesto ser toda mi vida de aquí adelante muy devoto de su santa cofradía; y en llegando a Calatayud, tengo, sin duda, de asentarme en ella y procurar ser admitido en el número de los ciento y cincuenta que se emplean en servirla y administrarla, trayendo visiblemente el rosario, por el interese de las muchas indulgencias que he oído predicar se ganan en ella»<sup>34</sup>. Si recordamos la figura del ermitaño del *Buscón*, o mejor dicho, de su rosario, el de las cuentas frisonas, entendemos mejor toda esa defensa de su rezo y sus milagros.

También el soldado parece un mentís al del *Buscón*; porque el narrador le quita toda posibilidad de fanfarronería a sus palabras al decir «que tenía tanto de discreto y noble cuanto de plática militar». El soldado afirma haber estado en el sitio de Ostende desde el comienzo hasta que se entregó el fuerte, «y aún tengo más de dos balazos, que podría mostrar, en los muslos, y este hombro medio tostado de una bomba de fuego que arrojó el enemigo sobre cuatro o seis animosos soldados españoles que intentábamos dar el primer asalto al muro, y no fue poca ventura no acabarnos»<sup>35</sup>. No hay que olvidar que el arbitrista habla de cómo tomar Ostende, ni tampoco las falsas heridas de las que alardea el pícaro soldado del *Buscón*.

Otro episodio que reaparece en las páginas del *Quijote* de Avellaneda es el de la lluvia de gargajos. Unos capítulos más adelante, en el XXIII, Sancho cuenta lo que le hicieron unos estudiantes a raíz del relato de Bárbara y de cómo su galán, el estudiante Martín, la golpea, la insulta, la roba y la deja atada en el bosque. Después de la furia del escudero por lo que oye y de estar dispuesto a ir en busca de «ese descomunal estudiante», de pronto dice:

Pero no quiero meterme con estudiantes. ¡Délos a Bercebú! Que el otro día, cuando fuimos a las justas de Zaragoza, yo y el cocinero cojo llegamos a hablar a uno de ellos al colegio, y me dio un demonio de otro un tan infernal pescozón en esto del gazzate, que casi me hizo dar de ojos. Y como me abajé por la caperuza, acudió otro a las asentaderas con una cox tal, que

<sup>34</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 499.

<sup>35</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, pp. 411-12.

toda la ventosidad que había de salir por allí, me la hizo salir por arriba, envuelta en un regüeldo: según dijo él mismo, olía a rábano serenado. Y no hube bien levantado la cabeza, cuando comenzó a llover sobre mí tanta multitud de gargajos, que si no fuera por que sé de nadar como Leandro y Nero... Pero un cararrelamido, que parece que aun ahora me le veo delante, me arrojó tan diestramente un moco verde, que le debía tener represado de tres días, según estaba de cuajado, que me tapó de suerte este ojo derecho, que me hube de salir corriendo y gritando: «¡Ah de la justicia!, que han muerto el escudero del mejor caballero andante que han conocido cuantos visten cueras de ante»<sup>36</sup>.

Como ya indicó Gilman, el episodio depende claramente del contado en el *Buscón*, I, 5. Esa lluvia de gargajos la recordará dos veces ese Sancho espurio: en el capítulo XXV, al ver a dos «mancebitos estudiantes» con quienes hablaba don Quijote, le advierte a su señor. «Guárdese vuesa merced, mi señor, de estos vestidos como tordos, porque son del linaje de aquellos del colegio de Zaragoza, que me echaron más de setecientos gargajos»<sup>37</sup>.

Poco más adelante, en el capítulo XXVIII, lo menciona de nuevo al recordarle a su vapuleado amo que ya le había dicho que no se metiera con estudiantes: «Apostemos que le han hinchido de gargajos, como a mí en Zaragoza»<sup>38</sup>. Y aún fue antes motivo de referencia general en boca del escudero, en pleno relato de Antonio de Bracamonte: «le ahogara yo con un diluvio de gargajos como aquel del tiempo de Noé»<sup>39</sup>.

Aún podría relacionarse con el *Buscón* otro episodio menos preciso: la prisión de Sancho, donde un real le redime de las penas más duras y donde un preso al abrazarle le roba lo que lleva en la faltriquera<sup>40</sup>. Nos lleva al capítulo IV del libro tercero del *Buscón*, donde un doblón le evita al comienzo bajar al calabozo con sus compañeros buscones y quedarse en «la sala de los linajes». El procedimiento de quitarle el dinero de la faltriquera nos podría llevar a cómo las limpiaba el hermanito de Pablos, pero también a cómo le roba a Guzmán la dama con la que juega de manos.

#### 4. FINAL

El tiempo en que Quevedo pudo escribir la primera redacción del *Buscón* queda limitado claramente por las huellas de las obras literarias que hay en la novela y por su presencia en otras novelas de la segunda década del siglo XVII: en las páginas del *Buscón* pueden verse otras de la dos segundas partes del *Guzmán de Alfarache*, la falsa de Martí y la de Alemán; y del *Guitón Onofre* de Gregorio González<sup>41</sup>; en cambio, la obra

<sup>36</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 527.

<sup>37</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 563.

<sup>38</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 619.

<sup>39</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 440.

<sup>40</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 544.

<sup>41</sup> Ver Navarro Durán, 2003, pp. 103-26.

de Quevedo está ya presente en dos *Novelas ejemplares* y en las dos segundas partes del *Quijote*, en la de Avellaneda y en la de Cervantes.

También *La hija de la Celestina* de A. J. de Salas Barbadillo, impresa en 1612, tiene ya huellas del *Buscón* (de la versión recogida en *Sy C*, la primera). No hay más que ver cómo comienza Elena el relato que de su vida hace a Montúfar, su rufián:

Ya te dije que mi patria es Madrid. Mi padre se llamó Alonso Rodríguez, gallego en la sangre y en el oficio, lacayo, hombre muy agradecido al ingenio de Noé por la invención del sarmiento. Mi madre fue natural de Granada y con señales en el rostro, porque los buenos han de andar señalados para que los otros se diferencien.

No es judía, sino esclava morisca, y también bruja. La marca de esclava nos lleva a la cuchillada en el rostro de Pablos, que lo es de rufián. Además Salas Barbadillo juega con la dilogía de cardenal (suprimida en *B*): «aquel día la acompañaron detrás más cardenales que al pontífice en Roma» (en el *Buscón*: «le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban “señoría”»), y con la de mitra; habla de la caída del caballo de jinete inexperto «con vergüenza suya y risa de los ojos que le ven» y de un «desalmado tahur del vocablo»<sup>42</sup>, que intensifica el «jugar del vocablo» repetido del *Buscón*.

Si además de basarnos en esta presencia del *Buscón* en otros textos, tomamos como punto de partida la anécdota de Tarsia, podemos fechar la redacción de la obra en un periodo que abarca unos pocos años: después de 1608 y antes de 1612.

Algunas obras literarias son claves para la lectura de creaciones contemporáneas porque sus autores las leyeron y quisieron hacerles guiños literarios; hoy nos sirven estos como pruebas para situar su escritura con mayor precisión en el tiempo; así sucede con *La vida del Buscón*.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Blasco, J., *Baltasar Navarrete, posible autor del «Quijote» apócrifo (1614)*, s. l., Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Beltenebros Minor, 2005.
- Cacho, R., «Algunas fuentes italianas del *Buscón*», en *Estudios sobre el «Buscón»*, ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 191-219.
- Cervantes, M. de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. F. Rico, Barcelona, Instituto Cervantes y Crítica, 1998.
- Cervantes, M. de, *Novelas ejemplares*, ed. R. Navarro Durán, Madrid, Alianza Editorial, 1995, 2 vols.
- Cervantes, M. de, *Viaje del Parnaso*, ed. V. Gaos, Madrid, Castalia, 1974.
- Díaz Migoyo, G., «Las fechas del *Buscón*», en *Estudios sobre el «Buscón»*, ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 19-36.
- Fernández de Avellaneda, A., *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. M. de Riquer, en M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Planeta, 1962.

<sup>42</sup> Salas Barbadillo, *La hija de la Celestina*, pp. 68, 117, 87 y 36, sucesivamente.

- Fernández de Avellaneda, A., *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de L. Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- Gilman, S., *Cervantes y Avellaneda. Estudio de una imitación*, México, El Colegio de México, 1951.
- Jauralde, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1998.
- Millé y Giménez, J., «Quevedo y Avellaneda. Algo sobre *El Buscón* y el falso *Quijote*», *Helios*, 1, 1918, pp. 3-18.
- Navarro Durán, R., «La composición del *Buscón*», en *Estudios sobre el «Buscón»*, ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 99-131.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, Barcelona, Crítica, 1993.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón*, ed. R. Navarro Durán, en *Novela picaresca, II*, Madrid, Biblioteca Castro, (en prensa).
- Quevedo, F. de, *Sueños*, ed. I. Arellano, *Obras completas en prosa*, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, t. 1, pp. 185-467.
- Salas Barbadillo, A. J. de, *La hija de Celestina*, ed. J. López Barbadillo, Madrid, Akal, 1978<sup>43</sup>.
- Tarsia, P. A., *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del Orden de Santiago, secretario de su Majestad y Señor de la Villa de la Torre de Juan Abad*, ed. F. B. Pedraza y M. Prieto, Aranjuez, Ara-Iovis, 1998.
- Valdés, A. de, *La vida de Lazarillo de Tormes*, ed. R. Navarro Durán, en *Novela picaresca, I*, Madrid, Biblioteca Castro, 2004.

<sup>43</sup> Edición facsímil, Madrid, Colección clásica de obras picarescas, 1907.